

Jesús; con sus ceremonias tan imponentes como consoladoras; con sus salmos y preces y cánticos llenos de diversas armonías; con sus ábsides, en las que el arte de todos los tiempos, tiene representacion y sus torres, que apuntan al cielo, como indicando al hombre su mision y su destino. “¡Felíz edad—esclama—que nos consiente comprender en toda su verdad y sentir en toda su hermosura las obras artísticas de todos los siglos y de todas las generaciones! ¡Felíz edad que ha llegado á tan sublime poesía!”

Después de la naturaleza en que predomina la materia, de la familia y el estado en que predomina otra idea superior, del arte en que es agente y objeto la sensibilidad, de la ciencia en que lo es el pensamiento, viene la Religion de que es principio la fé, último término de la ascension de lo finito á lo infinito. El concepto de la religion es en nuestra edad superior al de los siglos anteriores como lo son los otros conceptos ya indicados. Nada dice en contra de esta afirmacion, la existencia y nacimiento, en nuestro siglo, de escuelas y sistemas en que se prescinde absolutamente de la religion y hasta de la divinidad; el ateismo no sólo no es propio de nuestro tiempo exclusi-

vamente, habiendo sido comun á otros que pasaron, sino que es consecuencia de la rebeldía de algunos á lo que es superior á ellos, ó de las condiciones de su organizacion física ó moral; el ateo es á Dios, lo que el misántropo á los hombres; no pudiendo vencer á quien aborrece le niega. Pero las aspiraciones religiosas de nuestro siglo no por eso son ménos incontrastables; mientras tengamos conciencia de nuestra imperfectibilidad, de nuestra limitacion, de nuestra impotencia, y veamos un *más allá* que no concebimos ni aproximadamente; mientras el hombre sea todo luchas y todo contradicciones habrá esperanza de otra vida donde nada de esta exista, habrá fé, habrá religion. Nuestra edad tiene sentimientos religiosos lo mismo que cualquiera otra, más acaso, pero lo que tiene y es privativo suyo es una ciencia y una filosofía de la religion que no ha tenido ninguna otra. La historia moderna encuentra el alma de los pueblos en sus creencias religiosas; así ha estudiado el Oriente: la China con su teología mecánica, la Judea con su trinidad mística, la Persia con su dualismo social, el Egipto con su culto de los muertos, la Siria con sus mitos, la Arabia con sus sentencias enigmáticas. En las formas de



las creencias, como en las formas del lenguaje, existen grandes relaciones que ha tocado descubrir á la moderna filosofía. Merced á su estudio, se han abierto á la historia nuevos y extensos horizontes. El misterio, de aquellas edades, descubierto ha llevado el respeto y el recogimiento al ánimo de aquellos que antes lo miraban con desdeñosa curiosidad. Y las nuevas ideas sobre las razas, sobre las lenguas, sobre las religiones se difundirán, muy pronto cuando encuentren un apóstol que las predique y un poeta que las cante. No hay poema más grande que el construido por la historia de las religiones, en la edad moderna. Cada templo, cada altar, cada estatua, cada árbol sagrado nos representan las esperanzas, las aspiraciones, las plegarias, los deliquios de todo el género humano para elevarse de lo finito á lo infinito y las transformaciones, las alternativas, los períodos de adelanto y retroceso de los distintos pueblos y de las distintas razas. Nunca como en este siglo se han renovado con más vigor aquellos tiempos y nunca la filosofía de la religion ha tenido tan distinguidos intérpretes. La poesía religiosa ha tenido en todos los tiempos sus adeptos y los tiene en la edad presente, que han hecho resonar

sus lirás, ya dulce, ya triste, ya magestuosamente, cantando todos los misterios, todas las grandezas, todos los encantos, todas las divinas armonías de la religion cristiana. El cristianismo cuya obra principal fué separar la conciencia, del Estado, mató la teocracia y la autocracia de un sólo golpe, dando la libertad á la conciencia. Al verificarlo ha acrecentado la conciencia, la personalidad humana, y ha acrecentado tambien la poesia de la religion. La paz es más bella que la guerra y es más cristiana; la palma del mártir es más poética que la púrpura del emperador; la caridad es más sublime que el terror; el perdón es más dulce que la venganza y la libertad es más santa que la tiranía.

El hombre desde que es hombre aspira á la libertad; primero fué esclavo de la naturaleza cuyas leyes no podía ni sabía modificar con arreglo á sus necesidades ó deseos; se emancipa de la naturaleza por medio de la sociedad: pero esto no le satisface ni le basta y encuentra más desahogo en el arte, en la religion y en la ciencia que le dan la libertad de la idea, de la conciencia y de la razon. Nuestro siglo es el siglo de la ciencia. Al caudal científico recogido de siglos anteriores ha añadido otro



mayor que se debe así mismo y que basta para engrandecerle. El hombre moderno lo ha investigado todo, desde lo que existe fuera y á inmensa distancia del planeta que habita, hasta lo que está dentro de su mismo ser y es invisible é impalpable; desde los cuerpos que aparecen á su vista, hasta los fluidos y fuerzas que animan á esos cuerpos y les dán consistencia, forma, color y dimensiones; desde los espacios sidereos hasta las entrañas de la tierra y sus últimos confines. La historia de la tierra es la obra casi exclusiva de nuestro tiempo y lo es tambien la historia del hombre porque así como en ningun otro ha habido más amor á la naturaleza, tampoco ha habido más amor á la humanidad. El cuerpo y el alma han sido objeto de investigaciones profundas y constantes, y á través de muchos ensayos, de grandes errores, de continuas contradicciones, la fisiología humana ha dicho su última palabra y la psicología ha llegado al último límite posible. La circulación de la sangre y la generacion del pensamiento, la asimilacion de las moléculas por el cuerpo y la asimilacion de las ideas por el alma, la física y la metafísica, la estética y la historia, nunca otra edad ha tenido más abun-

dancia de materiales poéticos. Nuestro siglo es el siglo de la ciencia, sin dejar por eso de ser el siglo de la poesía, pero de la única poesía, de la verdadera poesía, de la poesía humana. La ciencia y la poesía han caminado siempre juntas; un mismo siglo ha producido sábios eminentes y poetas inspiradísimos. Nuestro siglo tiene su ideal y tiene también su poesía como la han tenido los otros siglos cada uno en conformidad de su espíritu. En el siglo V. antes de Jesucristo y en el XIII, después, el ideal era la fe y su manifestación la poesía épica. En Grecia después de las guerras médicas, en España después del descubrimiento y conquista de América, en Francia después de las primeras revoluciones, el ideal era la guerra y su manifestación la poesía dramática; la poesía lírica personalísima, libre, conforme al espíritu moderno, es la poesía de nuestro siglo y vence á todas en sus elementos y esplendor. No es poco poético el siglo para comparar el cual hay que escudriñar todos los pasados por diversos pueblos, convenciéndose de que ninguno hay que le aventaje; el siglo en que la lucha de las escuelas añade cada día nuevos elementos á cada una; el siglo que ha conocido más géneros



nuevos de poesía y mayor número de poetas; el siglo que ha visto nacer pueblos y civilizaciones al impulso de los cantos de los trovadores; el siglo que ha elevado á la poesía y á los poetas hasta donde nunca lo fueron, otorgándoles consideracion, honores y riquezas, contribuyendo á su popularidad, á su fama y á su gloria.

Y por lo que hace á España, en la que todos los climas, todas las costumbres, todos los caracteres del mundo entero se hallan representados, cuyo cielo á ningun otro cede en pureza y diafanidad; cuya vegetacion así emula la de los países intertropicales como copia la de las zonas heladas; cuyos mares, que la limitan casi completamente por todas partes, la ponen en comunicacion directa con todas las naciones, á cuyas flotas y á cuyas naves ofrecen sus seguros puertos el anhelado refugio; cuyos paisajes, ora interrumpidos por cadenas de montañas que ostentan nevadas cimas, ora dilatados en extensas llanuras, ya exornados con verdes praderas, ya con campos de esmerado y precioso cultivo; cuyas brisas son perfumadas; cuyas aves tienen acentos inimitables; cuyo suelo á todos excede en fecundidad; por lo que hace á nuestra pátria, dice *Castelar*,

no puede darse más belleza, no puede concebirse más poesía. En un país en donde el hogar es santuario y asilo, en donde la familia es amor y autoridad, en donde las mujeres son más dignas de amor y veneracion por sus virtudes de todo género que por su hermosura sin rival, no puede ménos de existir un ideal superior al de otros países, una fè más viva y más ardiente, un arte más inspirado, una poesía más sublime. Para los españoles no debe existir otra nacion mejor que España, esto es una conviccion, un sentimiento de adhesion á lo que es nuestro, á lo que pertenecemos, á lo con que está identificada nuestra existencia. Nada comparable á lo que es propio; las más sublimes armonías extranjeras no suenan á nuestros oidos tan dulce y agradablemente como los aires populares de nuestras provincias y ningun instrumento, tendrá para nosotros el valor, la significacion y el encanto de la gaita gallega, del tamboril euskaro y de la guitarra eminentemente española. Nuestro arte arquitectónico mezcla en amigable armonía, todos los gustos, todos los órdenes, todos los estilos; al lado de la ruina clásica se contempla el ajimez asiático; junto á la ojiva feudal el arco de herradura árabe; enfrente de la torre granadi-



na las agujas góticas; el Oriente y el Occidente, lo tosco y rudo y lo delicado y exquisito, lo antiguo y lo moderno, el recuerdo y la aspiración, el pasado y el porvenir, pregonando toda nuestra independencia. Con nuestros pintores Juan de Juanes, Velazquez Murillo, Sanchez Coello renace nuevamente el arte, cuyas tablas parecen copiadas del mismo cielo, cuyos retratos nos han conservado los semblantes de aquellas damas y aquellos caballeros en cuyos ojos se leían sus pasiones, sus deseos, sus triunfos palaciegos, y en cuyos labios se adivinaban las frases de amor, las palabras discretas, los versos de Lope de Vega ó la prosa de Cervantes y Quevedo; cuyos cuadros trasladaron al lienzo toda una época, toda una corte, todo un pueblo, y, ¡lo que es más sublime! hicieron descender de la diestra del Padre al Hijo de Dios y á su Divina Madre y á los coros de ángeles y arcángeles, que no otra cosa puede creerse al contemplar aquellas formas etéreas, llenas de luz y de armonía, de castidad y de belleza, donde no hay ni sombra de materialidad, ni asomo de pecado.

Lo mismo ha tenido lugar con la legislación y con las ciencias prácticas. Sobre las ruinas del Derecho Romano se alza un Código inmor-

tal, el Fuero-Juzgo; y en la edad media Alfonso X escribe las Siete Partidas; nuestras provincias meridionales, descendientes de los árabes, enseñaron á Europa la mecánica y la hidráulica, la numeracion aritmética, superior á la de los latinos, y el álgebra matemática que simplificó todos los cálculos, la industria manufacturera, la topografía y la estadística, perfeccionaron la astronomía adelantándose algunos siglos en su estudio, multiplicaron las clasificaciones científicas tan útiles para las ciencias, y buscando la piedra filosofal, dieron con la química y la medicina. Y no fué esto sólo; en aquella privilegiada region nació la cirujía, se vieron por primera vez los globos terrestres, las esferas armilares, los astrolabios, se añadió al reloj el péndulo que regula su movimiento, se establecieron los observatorios astronómicos y se rindió culto á toda ciencia, engendrándose también los orígenes de toda filosofía que llevaron á los más apartados países. De todos ellos acudieron á nuestra España á beber en tan claras fuentes los conocimientos humanos de toda especie; nuestras tablas alfonsinas dieron la norma á los astrónomos de todo el mundo, sus cálculos sirvieron de base á los de aquellos, y antes que otro alguno se fijaron por fi-



lósofos y sábios españoles, la distincion entre la autoridad de las escuelas y la libre razon, las bases de la certidumbre psicológica, las leyes de la circulacion de la sangre y la situacion de los continentes desconocidos, de los que surgieron nuevos pueblos y nuevas civilizaciones. Estos títulos de gloria para nuestra nacion se aumentarán con otros nuevos más brillantes y reales, cuando el espíritu moderno, que es el sólo estímulo de las nacionalidades, sea su norma y fundamento. El carácter español es más batallador que laborioso, más visionario que ahorrador, díscolo, aventurero, creyente, imprevisor, entusiasta, poco pensador pero en compensacion de estas cualidades, negativas en este siglo de positivismo, tiene otras que le sirven maravillosamente á los fines de su progreso y perfeccionamiento. Es vehemente y constante, apasionado y enérgico, íntegro y honrado, digno y altivo, amigo de la igualdad y aficionado á la cortesía, independiente y patriota, inteligente y fantasioso, intuitivo y reflexivo, fuerte, desinteresado y capaz de la mayor abnegacion, condiciones que comunicadas á las naciones todas, bastarán para avivar en ellas el calor de los sentimientos apagados y encender la antorcha que

ilumine y despierte las ideas dormidas.

El rasgo más distintivo del carácter español es su amor á la independencia. La pureza de su cielo y la fecundidad de su suelo despertaron en diferentes épocas la codicia de los pueblos conquistadores que soñaron con su dominacion, pero los españoles si han podido ser vencidos nunca llegaron á ser dominados; han resistido siglos enteros y al fin sólo han dejado en manos de sus vencedores ruinas y cenizas, prefiriendo la miseria ó la muerte, á la sumision al yugo extraño. No hay region, no hay ciudad, no hay villa, no hay aldea que no tenga su tradicion, su leyenda, su epopeya, que canten y pregonen un hecho glorioso, un acto heroico ó una gran desventura. Apesar de haber sido de los últimos en reconocer y confesar la bondad y excelencia de las fórmulas del progreso moderno, en todas partes ha resonado nuestro nombre unido á nuestra grandeza. En todas existe el recuerdo de los españoles, ya por haber sido los primeros en importar la civilizacion europea á unos países, ya por ser otros trasuntos del nuestro del que descenden ó tienen familias ó tribus enteras, ya por la gratitud de un beneficio cuya memoria se ha transmitido de generacion en generacion, ya



por haber sido nuestros, ó todos unos, en épocas más felices, ya por la comunión de sentimientos que estrecha y afirma la identidad de origen, de aspiraciones, de glorias ó de infortunios; ya por la memoria del honor vengado, del ultraje castigado, ya por la fama de nuestro valor proverbial en todo el mundo, del heroísmo nuestras ciudades cuyos nombres invocan los de guerreros de otras naciones y de las hazañas de sus hijos, que sirven de ejemplos en sus historias.

Pero la creación más grande del génio español, la creación por excelencia es su lengua. Derivada de distintos orígenes, de cada uno de los cuales ha conservado algo en su carácter; tan expresiva, tan dulce, tan insinuante, tan melodiosa, tan flexible, tan dócil, tan digna, tan magistrosa, tan sencilla, tan graciosa, tan sonora, tan acomodaticia, tan completa, tan abundante, tan española, no puede ejercerse ministerio más patriótico que el de velar por su pureza y esplendor. El anhelo de innovar pertenece á la generalidad, las instituciones creadas para velar por la conservación de lo conquistado tienen derecho de dar su *exequatur* á las innovaciones racionales y convenientes y el deber de rechazar las inútiles y perjudiciales;

de todos modos España, que desgraciadamente ve á sus hijos divididos por las luchas políticas y científicas, véalos unidos, al ménos por su identidad de expresion; véalos unidos por su lengua.

He concluido de pintar el maravilloso discurso de *Emilio Castelar*; dichoso yo si he podido hacer concebir al lector una ligerísima idea de lo que es y he acertado á expresar la admiracion que tributo á la idea moderna, al siglo XIX, despertando la atencion y el interés hácia una obra que justamente ha de ser considerada como una joya literaria de inestimable precio, un poema de sobre natural inspiracion, un monumento, que respetarán los siglos y contemplarán las generaciones, alzado á la gloria de su autor, al artista de la palabra, trovador del arte, apóstol de la ciencia, maestro de filosofía, é hijo amado del progreso moderno: *Emilio Castelar*.

---



## III.

## LA RECEPCION EN LA ACADEMIA ESPAÑOLA.

Al tratar de un monumento literario de tan insigne valor todo detalle me parece interesante, y, aun á costa de parecer larguísimo, quiero describir la sensacion que produjo en Madrid, esta recepcion, y en el público de la Academia Española, la lectura de tal discurso, el dia 25 de Abril del año de gracia de 1880. La Academia no registra en sus anales una solemnidad más grande, de más alta significacion, que revista con más justos motivos los caracteres de un acontecimiento notable que la recepcion del elocuente tribuno, del historiador-poeta, del eminente hombre de Estado *Don Emilio Castelar*. — Ningun otro ha tenido el singular é inapreciable privilegio de mantener tanto tiempo viva y anhelante la espectacion pública, de responder á las manifestaciones abiertamente repetidas del voto popular y del de los próceres de la lengua pátria, y de haber obtenido la sancion universal de cuantos viven y se agitan en la esfera del pensamiento y del arte, sea la que quiera la escuela políti-

ca en que militen y la doctrina filosófica á que estén afiliados.

En el salon de la Academia se había reunido todo lo más notable que Madrid tenia en artes y política. Esto es fácilmente explicable; se trataba de uno de los hombres más grandes que ha producido España en nuestro siglo; de uno de los más queridos de nuestro país, aunque injustamente juzgado muchas veces; de los de génio más colosal y de más revelantes virtudes cívicas, del *artista divino de la palabra humana*, como gráficamente ha sido apellidado, para comparar al cuál es forzoso retroceder algunos siglos y remontarse á los mejores tiempos de las grandes nacionalidades.

Desde mucho tiempo antes de comenzar el acto, el sitio destinado al público estaba completamente lleno por una escogida concurrencia, impaciente y ávida de escuchar al Demóstenes de la oratoria moderna. Ese murmullo sordo que precede á todas las grandes ceremonias se dejaba oír confusamente, llegando en algunos momentos á tomar las proporciones de un pequeño tumulto. Se esperaba y se comentaba; se aventuraban cálculos sobre la duracion del discurso; se recordaban actos análogos anteriores; se hacían comparaciones más



ó ménos atrevidas; se cambiaban saludos, se cedían asientos, se hablaba y se reía, hasta que aparecieron algunos graves académicos, de rigurosa etiqueta ostentando al pecho la medalla distintiva. Poco despues, entre los señores D. Pedro Antonio de Alarcon y D. Gaspar Nuñez de Arce, adelantaba el candidato *Emilio Castelar*; la campanilla imponía silencio al auditorio, y, un movimiento general de cabezas y cuerpos, para tomar mejor actitud, indicaba que toda la atencion estaba entónces concentrada en un punto.

*Emilio Castelar* recibió el discurso de un modo febril y vacilante, se dirigió al puesto que le estaba señalado y con voz clara y vibrante, que, sin embargo, hacia trémula la emocion, pronunció el sacramental: *Señores académicos*.

En este momento el orador apareció transfigurado, radiante; la llama de la inspiracion brillaba en su frente; de sus ojos se escapaba una corriente de fluido magnético que subyugaba á los circunstantes; su boca parecía dispuesta á desatarse en arrebatadoras frases, que vertiese la poesía á raudales, sus manos sujetaban convulsivamente el papel, paseaba su mirada de águila por la sala se atusaba ma-

quinalmente el bigote, restregaba con su mano diminuta los relampagueantes ojos y....

—¡Va á leer!—exclamaban los que no estaban versados en las prácticas académicas.

—¡Va á leer! repetíamos nosotros, sintiendo que así fuese, porque no podíamos concebir á *Castelar* de otra manera que hablando, haciendo oír su elocuentísima voz, á la que sabe dar siempre la inflexion más propia y adecuada al pensamiento que expresa, el tono más en armonía con el sentimiento que interpreta ó invoca, la modulacion más en consonancia con la idea que desenvuelve ó formula, todo, en fin, lo que contribuye á darle ese poder y dominio que tiene sobre los que le escuchan, y que le hace irresistible. Es preciso conformarse; los estatutos de la academia determinan que el discurso de recepcion de un académico sealeido, y no sehadado todavía el caso de que esta costumbre se haya alterado, por nada ni por nadie. Y *Castelar* no es leyendo ni la sombra de lo que es hablando. Sujetar su mirada á seguir con regularidad matemática los renglones de una página, privándole de electrizar con ella al auditorio; esclavizar para sostener el papel, sus brazos y sus manos, con cuyos enérgicos ó blandos movimientos tanta fuerza



de expresion sabe dar á lo que dice; prohibir que su frente se levante erguida, como rodeada de una aureola brillante, y hacer que se incline como abatida por una inmensa pesadumbre, es lo mismo que cortar las alas al águila, es querer que el ruiseñor lance sus trinos, á un compás determinado, es quitar al arroyo su murmurio bullicioso, al aura primaveral sus balsámicos olores, al cielo su purísimo azul, á la mujer el encanto, al hombre la fortaleza, á *Castelar* todo.

Era, efectivamente, de lamentar que no se hubiese podido oír á *Castelar*, tal como él es. *Castelar*, escribiendo su discurso para ser leído, tuvo que circunscribirse á límites muy estrechos; se vió obligado á tasar el tiempo y la extension de su obra más acariciada; no pudo menos de refrenar los ímpetus de su privilegiada fantasía, y acomodar las galas de su dicción á fórmulas prescritas por la costumbre, y, con todo esto, su obra no resultó ménos grande, ménos asombrosa, como que no acertamos á calificarla y creemos que ha de ser difícil hacerlo á los que á su crítica se atrevan, aunque empleen las exageraciones más rebuscadamente poéticas, las frases más elevadas y los conceptos más sublimes, que quedarán por bajo

de lo que la obra se merece, ya que sin faltar á lo que al hombre debe concedérsele, no se le puede llamar divina.

Un hombre, cuya memoria es tan asombrosa que conserva y reproduce los nombres y las fechas, las personas y los lugares, las grandes síntesis de los acontecimientos y sus detalles más minuciosos; que nos habla de sucesos á los que no ha podido asistir, en razon del tiempo y la distancia, como si realmente hubiera asistido á ellos; que nos pinta y describe la situacion de un imperio, las causas que produjeron su engrandecimiento ó su ruina, su formacion ó su desmembramiento, como si él hubiera tenido la clave de semejantes hechos y hubiera contribuido á provocarlos, á precipitarlos, ó á retardarlos; que refiere los incidentes y las peripecias de una batalla, con todos sus episodios; los trámites y etapas de una intriga cortesana, de una conspiracion diplomática, como si se hubiera hallado presente; el hombre para el que todo es familiar, desde las más elevadas abstracciones metafísicas á las más groseras evoluciones de la materia; poeta y filósofo, historiador y teólogo, político y artista *Emilio Castelar*, bien merecia que por él se quebran-



tase una vez la austeridad de la regla á que se ajustan estas solemnidades académicas.

Pero si nada ha ganado con verse desnudo de su más preciosa y estimable prerogativa, de su inimitable elocuencia, nada ha perdido, antes al contrario, parece que la meditacion y la calma, con que ha debido madurar su concepcion, han dejado en ella impresas su alma ardiente y apasionada, su imaginacion que gira y se revuelve, en presencia y al contacto de todo lo grande, su génio creador, su talento sin rival, su rica y exhuberante fantasía.

Empezó el discurso. A las primeras palabras que el lector dijo con voz que la emocion del momento hacia insegura, la ansiedad se manifestaba en todos los semblantes; se temia y se esperaba; se temia que *Castelar* no fuese el mismo de siempre; que sometido á las exigencias del ritual académico, apareciese más pequeño ó no apareciese tan grande como en otras ocasiones, en que se ha manifestado en todo el esplendor de su génio; se esperaba algo extraordinario, que no se sabia lo que seria, pero que se presentia, que se adivinaba, que se saboreaba de antemano, con esa fruicion que produce la probabilidad de un deleite próximo, cuya intensidad es ya conocida.

Despues de una introduccion llena de dignidad y de modestia, severa, naturalmente sencilla y desnuda de toda afectacion, en la que el lector se muestra agradecido á la honra que se le concede y declara no ser acreedor á ella, ya dueño de sí mismo, con voz segura y vibrante enuncia el tema de su discurso.

Aquellos párrafos ardentísimos, en los que con tanta elocuencia se desenvolvía un pensamiento, revistiéndolo de todos los elementos más gráficos para darles cuerpo, forma, vida y movimiento; aquellas frases, en las que condensaba todo un mundo de ideas, de reflexiones, de recuerdos, de promesas; aquellas palabras, dichas con acento inimitable, cada una de las cuales pintaba, en un sólo rasgo, un carácter, una pasión, un personaje, una época, un pueblo, todo esto asombraba y cautivaba; todos los cuellos estaban erguidos y violentamente inclinados hácia el lector; todas las bocas entreabiertas por la admiración contenida, que inconscientemente, y á pesar de todos los esfuerzos en contrario, se manifestaba de este modo; todos los ojos húmedos por la insistencia con que se fijaban; todas las manos crispadas por la excitación nerviosa que producía el entusiasmo; nadie se movía, nadie



se atrevía á comunicar sus impresiones al que tenía más próximo, por temor de no verse solicitado por otras, más nuevas, más vivas, más fuertes; en medio del silencio más solemne, que sólo alteraba en leves intervalos, el rumor que ocasionaba la respiracion de todos los que escuchaban, la voz de *Castelar* resonaba magestuosa en aquel recinto, vibrando ya dulce y poética como los acordes de una lira, ya severa y magistral como un salmo religioso; ora triste y melancólico, como el susurro del viento helado, al chocar con las hojas secas de los álamos, en el crepúsculo de una tarde de otoño; ora tonante y tumultuosa, como el bramador torrente que se despeña, entre riscos, arrojando todo lo que encuentra á su paso, ó como voraz incendio que lleva la destruccion y la ruina al bosque secular, en cuyos añosos troncos ceba su indómita fúria, retorciéndose en mil caprichosos giros y levantando hasta el cielo su llama poderosa. A una incomparable descripcion de una época, de una institucion, ó de un pueblo hecha con mágicos colores, magistralmente retocada con consideraciones tan congruentes como oportunas y en la que las personas y las cosas parecen moverse y destacarse, sobre un fondo

verdaderamente bello, ó bellamente verdadero, en la que las costumbres y las instituciones se presentan en gráficos relieves, obrando y funcionando como en los tiempos en que existían, sucede una brillante paráfrasis de la ciencia, del arte, de la filosofía, del génio, de la religion, de la naturaleza, en la que se desentraña lo más íntimo de cada una de estas manifestaciones de la razon, del sentimiento, de la condicion, del fin y del destino del ser humano; despues de amenísima escursión á los tiempos antiguos, para buscar y demostrar en ellos los elementos constitutivos de cada sociedad, á los que han sustituido los actuales, venía un concienzudo exámen analítico del génio de nuestro siglo, en el que hacía ver que entre lo ideal y lo real existe más íntima relacion que la que resulta de su originalidad, ó emanación más directa é inmediata, y la que acusa la uniformidad de miras, de aspiraciones, de medios y de fines y que entre el arte y la naturaleza, hay más diferencia que la que hace de esta una imitación servil de aquella.

Imágenes grandiosas á la vez que tangibles y llenas de vigor y energía; metáforas delicadas, ingeniosas, gráficas, respirando erudición y poesía; bellas y elegantes trasposiciones, que



hacen de su estilo una série no interrumpida de armoniosas cláusulas; todas las formas, todas las figuras, todos los recursos retóricos y lógicos, todos los tonos desde el patético hasta el apasionado y violento, son las cualidades que avaloran y afiligranan esta obra incalificable é indefinible.

Si la forma es de lo más esquisito y primoroso, por el amor con que ha sido modelada y su exhuberante variedad, el fondo es de lo más filosófico y profundo que puede imaginarse; si aquella seduce y atrae por su magnificencia y esplendor, este asombra y confunde por su fuerza de convicción, por su sustancialidad, por su inmenso valor; de la union de los dos resulta un todo lleno de armonía, de cadencia, de magestad, de encanto, de sabiduría.

En la eleccion del tema, *Castelar* ha sido afortunado, demostrando gran tino y discrecion y siendo consecuente, consigo mismo, con sus aficiones, con su historia, con su fama y con el espíritu del siglo. El defensor de todas las grandes ideas de su época, no podia en la más grande ocasion de su vida faltar á esta prescripcion de su conciencia; el paladin de todos los sentimientos nobles y elevados no podia menos de quemar el incienso de su adoracion

en loor de tan sublimes ideales, y la Academia no recordará haber escuchado en su recinto un himno tan incomparable, entonado á la naturaleza y al universo, á Dios y al hombre, á lo finito y á lo eternal é inmutable.

Otro génio del arte de la elocuencia, cuyo nombre de fama inextinguible está en el pensamiento y en el corazon de todos los que aman y sienten lo bello, Donoso Cortés de inmortal memoria, se aproximó en la eleccion del asunto para su discurso al de *Castelar*; trató de los elementos poéticos, pero no vió ó no quiso ver estos, sino en la Biblia, negando, aunque no absolutamente, que los hubiese, en las múltiples trasformaciones de la materia, en las variadas escenas de la naturaleza. Su obra, modelo de diction, no era igual en todas sus partes; algo se sacrificaba en ella á la escuela, algo padecía la forma cuando la aridez de la materia estaba en pugna con todo género de embellecimiento, ya tocaba los límites de la sublimidad elegiaca, cerniéndose en las regiones apocalípticas, ya caía en los dominios de lo vulgar; el poeta y el moralista estaban en contradiccion y el conjunto no era ni con mucho homogéneo, de una igualdad indiscutible.

*Castelar* en su obra, estaba siempre lo mis-



mo; remontaba el vuelo y ya no descendía; su mirada atrevida desafiaba al sol y distinguía entre la yerba del globo terrestre el insignificante gusanillo que lánguida y perezosamente se arrastra por el suelo, bien ageno de que su existencia es conocida y vá á ser revelada, de que sus instintos, su origen y el medio en que se agita van á ser objeto de estudios, de análisis, de observacion y de experimento. Ya se proponga desplegar á los ojos de los que le escuchan el panorama espléndido de una naturaleza virgen, ya sea su ánimo escudriñar los profundos misterios de la ciencia psicológica; igual cuando diserta sobre lo más positivo de la vida, que cuando invade las regiones del más puro sentimiento *Castelar* es siempre el mismo, su elocuencia jamás se agota y sale de sus labios siempre fluida, siempre melodiosa, siempre llena de magestad, siempre brillante... siempre suya. Lo que dice domina al entendimiento, lo seduce, produciendo en él el convencimiento. Su manera de expresár arrastra el ánimo, mueve la voluntad, la acaricia, la sujeta llevando á ella la persuasion. Nadie como él ha pintado á Homero, á Cervantes, á Chateaubriand, á Goethe; á Quintana, á Víctor Hugo, á Zorrilla, á Campoamor; nadie como

él ha descrito Peshtmoun, la Alhambra, la Catedral de Toledo, las orillas del Mediterráneo (*donde tiene su más perfecta manifestacion toda belleza*); nadie como él ha sabido presentar en toda su magnífica grandeza las glorias de España, su pátria, ni en toda su repugnante desnudez las llagas sociales que la afligen; nadie como él ha sabido hablar al sentimiento y á la razon, personificar ambos objetos, reducir á fórmulas abstracciones que hasta ahora se habian resistido á ser expresadas de un modo claro, terminante, satisfactorio; poetizar la ciencia y hacer accesible la poesía al entendimiento más vulgar, producir una tempestad con una frase, una revolucion con un período, en el sentido en que esto puede aquí tomarse, nadie, en fin, como él ha sabido dominar todos los géneros y sobresalir en todos, en la tribuna, en el parlamento, en la academia, en la prensa, en el ateneo; habiendo demostrado ser apto, competente y diestro para todo, no necesitando mas que haber dado á su actividad y á su génio una direccion determinada para haber sido con su nunca igualada palabra poeta como Virgilio, pensador como Hegel, escritor como Cervantes, orador como Demóstenes, dramático como Shakespeare, dibu-



jante como Rafael, músico como Bellini, profeta como Savonarola, porque *Castelar* es síntesis perfecta del arte unido á la sabiduría.

En su discurso todas las manifestaciones de la actividad y del ingénio humanos hallan cumplida representacion, las ciencias y las artes, la filosofía y la política, la religion y la poesía, y la historia como complemento de todas, como sirviéndolas de marco, en el que aparecen más claras, más definidas, más palpables; y luego la parte anecdótica tan amena y tan sabrosa, tan oportuna y tan discreta; y despues la interpretacion de los grandes ideales humanos, perseguidos por tantos hombres ilustres, cuyo retrato hace á veces de una sóla pincelada, con sólo un rasgo, complaciéndose otras en rodcarlos de una aureola poética, en reseñar los principales episodios de su vida agitada y azarosa, con sus sencillos gustos, sus extravagancias, sus manías, sus pasiones, sus desventuras, sus luchas y sus victorias, dejando caer de paso una mirada rápida sobre su época, el espíritu de su edad, la fisonomía de su pueblo y las tendencias de cada clase.

Cuando compara algun objeto con otro, cuando hace un paralelo entre dos individuos,

entre dos naciones, entre dos épocas de una misma ó de distinta, sabe presentar las analogías, las semejanzas, los rasgos característicos que los asemejan ó distinguen de modo tan palpable que el ménos dispuesto á confesarlos consiente en afirmar lo que acaso de otro modo negaria sin discusion. La alegoría en su boca es un recurso poderosísimo; á su voluntad los objetos inmateriales se animan y adquieren razon y sensibilidad, los personajes toman proporciones gigantescas y se presentan como debieron ser, á modo de diorama van apareciendo y sucediéndose con gran riqueza de detalles y pormenores, que les hacen parecer como figuras que *Castelar* maneja como pudiera hacerlo con las de un teatro mecánico el más habil, y aun con más propiedad y exactitud. Nada hay ocioso en su obra; lo que no dice á la forma, responde al fondo; aquella es oro, perlas y tisú, este es diamante puro que á todos gana en dureza y que nada es capaz de resistir. Su valor lo han apreciado ya cuantos lo escucharon, lo dirán todos los que lo lean y más alto que todo la circunstancia de que antes de leído habia sido solicitado para ser traducido á todos los paises más civilizados.



El acto concluyó á las tres. Las felicitaciones y las enhorabuenas abrumaban con honrosísima satisfaccion al señor *Castelar*. Cánovas saludaba en él al maestro más glorioso de elocuencia española. El Conde de Cheste decía abrazándole en nombre de la Academia, *de esta corporacion está alejada la política, aquí sólo imperan las nueve musas; al recibiros en su seno la Academia, premia al gran maestro de la lengua, al carácter íntegro, á la bondad ingénita y al patriotismo acrisolado*. Privilegio singular el privilegio del génio que con su elocuencia había puesto en conmocion Madrid entero y de cuyo discurso se ocupaba en aquellos momentos todo el mundo. España podía estar orgullosa de su hijo. Tal entusiasmo despertó aquel día *Castelar*, de tal modo desapareció la pasion política en aquella ocasion, que para celebrar la esplendente gloria nacional que todos los pueblos nos envidiaban, se trataba aquella noche de hacer una gran manifestacion en loor del que constituía el más hermoso florón de la corona intelectual de nuestra pobre España. Contribuya el Ateneo de Vitoria á tan nobles propósitos con esta solemne inauguracion, probando, como probaba *Emilio Castelar*, en uno de los más grandilocuentes párrafos de



su discurso, que para todo cuanto concierne á la exaltacion de nuestra pátria no tenemos los españoles, mas que abnegacion para sufrir, valor para luchar y corazon para sentir.

HE DICHO.























